

CRÓNICA DE ACTUALIDAD

Espléndidos bodegones murcianos

Cuando se trabaja para presentar una buena exposición se puede conseguir que supere cualquier expectativa. Pero es muy importante conocer los mimbres con los que se va a tejer, para desechar lo superfluo y fijarse en la calidad.



PEDRO SOLER

Viene esto a cuento de la exposición *El bodegón en Murcia. 1920-1965*, que ofrece el Museo Gaya. Se ignora quién es el responsable directo de la elección de los cuadros que pueden contemplarse, pero emociona comprobar que pintores de nuestro entorno puedan haber conseguido unas obras tan espléndidas como las que conforman la muestra. Lógicamente, la exposición tiene que arrostrar mucha variedad, en función del número de autores presentes. Pero lo que podría decirse, sobre todo, es que, dando de lado a nombres tan respetados, dentro de la trayectoria de la pintura murciana del siglo XX, lo que halaga es la categoría que cada cual procura asignar –y le asigna– a sus obras. Son bodegones, de nuevo espléndidos, tanto que incluso podría advertirse como una falsa pugna entre ellos, por superar a los que cuelga al lado o enfrente. Parece como si algunos, colmados de perfección técnica, de colorido preciso y de sabrosa visión, se negasen a quebrarse ante la esplendidez de los demás.

Se rompe también, durante la contemplación de los cuadros, la idea en torno al uso y abuso que muchos de los pintores representados mantuvieron por una temática muy concreta, a veces casi excluyente. Y brota la incredulidad de que algunas de las obras presentes pertenezcan, pese a sus calidades, a pintores cuyo nombre permanece por el uso de temáticas muy distintas al bodegón. Es un lamento que pinturas de esa categoría no vuelvan a repetirse.



'La cinta', de Ramón Gaya; y 'Atardecer', de Semitiel Segura.

Bodegones que invitan a ver, a contemplar, a meditar sobre las esencias que entrañan

No es cuestión de citar los nombres de quienes debieron incidir en esta temática, ni de puntualizar cuáles son las obras de más sabrosa espectacularidad. A la par que se contempla cada una de ellas, habría que ir repasando el texto, tan caluroso y entendido, de José Julián Buigues, para captar la bondad colectiva.

Gómez Cano se nos muestra «con tanta hermosura y tanto saber del oficio de pintor»; Juan Bonafé enseña «su sabia sencillez, su naturalismo en aparente desuso»; Mariano Ballester «juega a ser pintor y sin querer se hace maestro». Hernández Carpe trabaja «con su pintura terrosa, rellena de universos». Luis Garay nos lega «su espléndida maceta en la que anda, sin él saberlo, el espíritu del 27». Muñoz Barberán demuestra «el

esfuerzo del pintor por sentar sobre una mesa la realidad de las cosas». Pedro Flores lega a través de unos bodegones «ese acierto de sí mismo, una impronta bien pintada al estilo Flores». Joaquín asoma a través de «una cafetera blanca, con la que resuelve en blancos su tristeza». Molina Sánchez es «un relato de flores, donde la materia se acumula en los bordes de los pétalos para hacerlas vivas». Aurelio se une «con su bodegón de cristales, cuadro atrevido, inteligente, equilibrado y bien conceptualizado». Sofía Morales se define «con el saber de una pintura que, al ser vista, no cuestiona quien la pintó». Y Ramón Gaya, «que pinta no pintando», y de quien, «al salir de su laberinto, ya solo veremos pintura, y nunca más muchos que nos parecieran cuadros». En conjunto, la exposición es eso: pintura, que invita a ver, a contemplar, a detenerse y a meditar sobre las esencias que entraña.

través de unos brotes figurativos, que se alternan con urgente aceleración ante lo que se derrite.

La mezcla entre dos modos tan dispares de pintar no desentona, porque cada uno de ellos ocupa su espacio concreto. Y aunque no hubiese esta precisa situación, lo que parece innegable es que el autor sabe qué quiere hacer y lo trabaja con esmero y con conocimiento de causa. No se trata de dar brochazos, de voltear materia sobre el lienzo, sino de colocarla inteligentemente, precisamente, como debe de ser para que la materia se convierta en cuadro, en pintura conformada.

Semitiel Segura no trata de voltear materia sobre el lienzo, sino de convertirla en arte

EL PERSONAJE

Lola Fernández Arcas, académica

Pese a tanta igualdad de la que se alardea y que se defiende, hay determinados campos en los que la mujer suele aparecer todavía como un ser, si no insólito, sí, al menos, inusual. El mundo del arte es un ejemplo, aunque, a la hora de citar a Lola Fernández Arcas, tratemos de una mujer que ha llevado durante toda su vida el arte –y de un modo más directo, la escultura– unido a sus existencias. Sus valores profesionales están al descubierto a lo largo de su trayectoria. A ello se suma su elección como miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes Santa María de la Arrixaca, puesto del que acaba de tomar posesión. Su discurso sobre 'Escultura, sentimientos y coordenadas' fue un repaso por la ruta de los grandes maestros –sin olvidar a los murcianos más insignes–, y un modo de exponer la vigencia que en ella misma tienen las enseñanzas legadas por la historia, pero siempre contempladas desde un punto de vista muy personal, que da sentido a su propia producción artística.



Lola Fernández Arcas.

EL ASUNTO

Emoción en fotos

Ya dice la canción que veinte años no es nada; pero si es un trozo de nuestra historia, que, con los debidos respetos, puede quedar reflejada con más precisión a través de la imagen que de los textos. Un ejemplo es la exposición que



20 años de fotoperiodismo en el diario La Opinión

presenta el Archivo Regional con la recopilación de fotos de veintitrés profesionales, que han trabajado para 'La Opinión', diario que celebra sus veinte años de vida. Las fotos de prensa tienen, generalmente, una viveza increíble, al margen de que suelen ser la evocación precisa de exactos momentos, en los que ha brotado el drama, el chiste, la grandeza o la pose arrebatada de un conocido personaje. Son exposiciones que aportan emoción.

SEMITIEL SEGURA EN ROMEA 3

Los Instantes nevados, que Semitiel Segura presenta en Romez 3, son un conjunto de obras asentadas sobre un momento preciso, sobre unos paisajes y sobre unas sensaciones... todos cubiertos de nieve. Parece que sobre todo ello ha volcado el autor una emoción profunda, porque no se explicaría esa insistencia, que sólo aparece en un artista, cuando, de verdad, se siente obligado a no defraudarse a sí mismo; a colmar todas las apetencias que la precisión del momento y la sensación le ha provocado. Luego, a la hora de concretar, los modos pueden ser distintos, quizá con el afán de no dejar oculto nada de cuanto de sensacional se ha recopilado.

Semitiel Segura se vuelca en una obra única, pero bifurcada en una resolución de claras respuestas. Por una parte, nos muestra el arrebato incansable, la prisa por volcar sobre el lienzo la visión captada; por otra, aparecen unos rasgos de serenidad, a